

6.ª.- Hostil a la irresponsabilidad de los mecanicismos políticos, el Carlismo niega los partidos al uso demofiberal, por no reflejar las realidades sociales verdaderas; pero afirma frente al totalitarismo la repulsa a las representaciones ficticias, el respeto a las tendencias de la opinión pública y, la necesidad de encauzarlas en nuestros sistemas representativos.

La representación política deberá ser exacto reflejo de la realidad social, variando en cada pueblo y en cada época según la mudanza del conjunto de las tendencias o fuerzas de la Sociedad representada.

7.ª.- Las Cortes de la Monarquía, verdadera y libremente elegidas, intervendrán en modo activo en los problemas de la política general, líneas fundamentales del ordenamiento administrativo, cuestiones financieras y materias económicas; correspondiéndoles en todo caso las leyes tributarias, la aprobación de los presupuestos y la fiscalización de los gastos públicos.

Frente al totalitarismo que las reduce a pieza de la máquina estatal, y contra el demo-liberalismo que las reduce a cuadros que no corresponden a la realidad social, el Carlismo reclama la restauración de las Cortes Tradicionales ajustadas a nuestra época.

8.ª.- El Carlismo rechaza la lucha de clases típica de la anarquía liberal, así como la pervivencia de esta lucha en los sindicatos duales. La restauración de los gremios en nuestros días cuajará en el accionariado del trabajo para las empresas mayores y en la cooperación que mantenga en pie las pequeñas unidades económicas.

La vida profesional o económica de las entidades sociales no estará sujeta al poder estatal. El Carlismo hace suya la justicia social cristiana en el equita-

tivo reparto de los bienes de toda especie.

9.ª.- El Carlismo proclama su solidaridad con cuantos en los pueblos hispánicos abanderaron nuestra Tradición peculiar frente a la Europa de la moderna civilización antropocéntrica, absolutista o revolucionaria. El Carlismo siéntese heredero de quienes en los días áureos de las Españas clásicas mantuvieron la Cristiandad, ayudados en el haz de la Confederación de las Españas que fue misión de Dios sobre la Tierra entera.

10.ª.- Portador del testamento de Carlos VII el Carlismo reitera su fidelidad inquebrantable a la Dinastía que acaudilló la verdad española contra la Revolución, condenando a quienes desconozcan los derechos de la ejemplar legitimidad proscrita en la línea egregia que va desde Carlos V hasta Alfonso Carlos I.

La COMUNION CATOLICO-MONARQUICA entiende que su obligación al servicio de la Santa Causa de las Españas, consiste fundamentalmente en enarbolar tales principios de doctrina y, con ellos, enfrentarse a los enemigos de Dios, de la Patria, de los Fueros y del Rey Legítimo, para reconstruir el cuerpo social sano que sea capaz de restituir a las Españas en su grandeza católica.

Así como entiende, también, que cumple con su obligación al convocar a los carlistas-tradicionales y a los buenos españoles, a que acudan a su llamamiento encauzado por las afirmaciones del Carlismo hechas por el I Congreso del Zumalacárregui, sabiendo que en ella está implícita la unidad del Carlismo, y que esa unidad, tan necesaria para la Tradición, SOLO SE PUEDE LOGRAR EN BASE AL ACUERDO SOBRE ESTOS PUNTOS DOCTRINALES.

Perspectiva del Carlismo - I

Frente a los detractores

Por Francisco Elías de Tejada

270

Muchas veces la sonrisa irónica de algún contertulio ha humedecido de incompreensión la sequedad escueta de una verdad carlista. Insignes maestros en doctas disciplinas caen a palurdos vestidos con pelo de dehesa cuando se trata de definir al Carlismo por ideología retrasada y a los carlistas por puñados de nostálgicos caballeros que viven fuera de la realidad del siglo XX. Es un lugar común fruto de una conspiración de vacíos en la que no se sabe si admirar más la incompreensión querida o la estupidéz aceptada. La historia fue siempre escrita por los vencedores y los carlistas han sido largamente o vencidos o traicionados en los últimos ciento cincuenta años. Su pasión dolorosamente noble para ser pasión auténtica no podía prescindir del aderezo de la calumnia. A la crucifixión de las persecuciones o al martirio de las guerras encarnizadas no tenía que faltar la hiel de la maledicencia; y por gracia de semejante maledicencia los carlistas han sido dibujados como fanáticos de un ayer imposible, como ejemplares de especies de zoológica política desaparecidos del resto del planeta, como objetos de la arqueología sociológica, gloriosamente inútiles para el gobierno cuanto útiles para defender el orden social en el tonto papel de cipayanos sin salario de la burguesía que comercia farisáicamente en propio provecho con las magnas verdades de la religión y de la patria.

La irónica sonrisa de los interlocutores que reiteran el lugar común de la estupidéz catalogatoria sería despreciable si no fuera trágicamente difundida por tantos y tantos políticos traviesos empeñados en recortar al Carlismo al papel de soldados sin ideas, de hidalgos con corazón mas sin cerebro, de caballe-

ros de un ideal imposible, de los que sin embargo hay que hacer reserva para contar con su valor generoso cuando venga la catástrofe que esos mismos políticos traviesos procuran con sus bastardos apetitos de medio vergonzante.

Ante tales ejemplos no sabe quien firma si reaccionar con la energía del herido o con la serenidad del calumniado. En otros días más nuevos fue la primera de estas reacciones el motivo de recias asperezas; hoy día la calma del sosiego ha penetrado en la pluma para intentar aclarar en la medida en que los sordos quieran oír y los tontos sean capaces de entender cómo el Carlismo no es ni mera cuestión dinástica, porque si así fuera hace años habría desaparecido en alguno de los recodos de nuestra agitada vida contemporánea; ni el *Requeté* heroico montando arma al brazo la guardia permanente de las Españas; ni un partido político más nacido para perecer en el giro de un avatar revolucionario; ni una camarilla dedicada a conseguir retazos de poder, repartiéndose pedazos de solo a medias con otras camarillas definidas por la baja estofa del denominador común del apetito del mandar; ni tampoco un ejército romántico de quijotescos enamorados de locas dulcineas imposibles, nacidos para la renuncia presente en afanes de inaccesibles esperanzas. Si el Carlismo fuera alguna de esas cosas, ni valdría la pena ser carlista, ni afrontar la adversidad secular con vocación de ascetas, ni morir abrazados a la gloria incomparable del ideal bendito por antonomasia, ni salir a la palestra política desnudos de ambiciones, habrientos de sacrificios, embriagados de fe y enamoradamente apasionados de la exactitud única de las Verdades españolas.

El Carlismo no es ninguna de tales cosas, porque es sencillamente el alma perenne de las Españas. Todas las tendencias políticas son más o menos españolas en la medida en que asimilan más o menos doctrinas sacadas del hontanar de española que es el ideario del Carlismo militante. En medio del achabacamiento de nuestra vida política desde hace casi dos siglos, al margen de las componendas con que se han dividido la torta del mando partidas de bandoleros políticos disfrazadas de partidos de gobierno, el Carlismo ha dado una lección de desinterés hidalgo que los tontos han estimado incapacidad para gobernar, pero que en realidad era la simple repugnancia del caballero para mezclarse en monopolios de ladrones o en negociadores del barato de la grandeza de las Españas.

Esta calidad de española ha venido comportando dos facetas: de un lado el desprecio reiterado a los manejos partidistas, higuera del asco para un ambiente de encanallamiento donde los hombres de honor español no podían airear sus capas limpias; de otra parte la reacción intermitente de los heroicos pechos ultrajados, secuela de la irritación que en las almas bien nacidas producía aquella constante almoneda de las Verdades españolas.

Doble reacción que dibujó la estampa archimaseada a que al principio me refería: la del carlista caballeroso e ineficaz, apto para lidiar batallas solamente. Se decía que el Carlismo carecía de ideales o que sus ideales estaban anclados en realidades preteritamente fenecidas, sin caer en la cuenta de que, como veremos, todos los partidos debían su parte substancial española a lo que robaban al ideario carlista. Se sostenía por otros algo menos necios la incapacidad de sus hombres preeminentes, una vez que resultaba imposible negar la existencia vivísima de los ideales de la Tradición que el Carlismo egregiamente enarbolaba; diciéndose entre otras disparatadas

donosuras que el Carlismo carecía de ex-ministros, como si el haber sido ministro fuera patente de honestidad o de sapiencia, o como si la inexistencia de ex no estuviera causada por la negación de los carlistas a ser copartícipes en las meriendas de negros endosados por artificio de azarosas ambiciones. Y cuando ya no era dable desconocer la vigencia del programa permanente de las Españas que el Carlismo era, ni la galarura de sus hombres representativos, se apelaba al cómodo engaño de suplantarle los lemas y de arrebatarse el nombre para mejor goce de los papanatas.

Y así asistimos en la España de hoy al raro e inexplicable suceso de la moda de la Tradición con la calumnia a los únicos verdaderos tradicionalistas. Hoy ser tradicionalista está de moda: no hay grupo, bandera ni facción que no aspire a alzarse con el santo y la limosna de portaestandarte de la Tradición de las Españas, negando al Carlismo su evidente condición de abanderado secular de ella.

Esse cúmulo de razones parece hacer deseable el hallazgo de una respuesta clara a esta pregunta que hoy anda por los labios de las gentes: ¿Qué es el Carlismo? ¿Constituye algo retrógrado o posee la validez eterna de lo permanente, al ser lo auténtico español? ¿Coincide o no con el Tradicionalismo hispano, de suerte que le será lícito alzar la bandera de las Españas tradicionales? ¿Es una cuestión dinástica o una doctrina política? ¿Nació en 1833 al azar de la sucesión de Fernando VII o arranca de la problemática radical nuestra que contraponen las Españas a Europa? ¿Pelean los carlistas por un programa político o por una entera concepción de la existencia? ¿Su meta es entronizar en Madrid un rey determinado o restablecer las Españas en su autenticidad profunda? ¿Su infinita nostalgia de las verdades políticas españolas es aión romántico tardío o línea ideológica coherentemente trazada?.

LIBROS DE LANCE

Por Vicente Genovés Amorós

Si es normal el comentario de las "novedades editoriales", ¿por qué no dedicarse también, alguna vez, a recordar "libros viejos", ésos que se encuentran en las librerías de lance y que, frecuentemente, ofrecen mayor interés que los de las librerías normales?. A ello voy a dedicar parte de mi tiempo, evocando así la figura entrañable de Francisco Elías de Tejada (q.e.p.d.), tan amigo de hacer rebuscas en las tiendas de "libreters".

El Cardenal Segura y la "Teología de la Liberación"

Nota bibliográfica: *¡DIOS... POBRE!*, Conferencias Pastorales del Emmo. y Rvdmo. Ss. D. Pedro Cardenal Segura y Sáenz, Arzobispo de Sevilla, en La Palma del Condado, Sevilla. Editorial Católica Española, 1948

La figura del Cardenal Segura es más legendaria que conocida. Han transcurrido muchos años desde su fallecimiento en 1957 y paulatinamente han desaparecido o vamos envejeciendo quienes le conocieron personalmente. Además la labor del insigne Prelado se desarrolló especialmente en el terreno pastoral —homilias, conferencias doctrinales, ejercicios espirituales, sabatinas— a través de la predicación hablada, y lo que ha quedado impreso —pastorales, instrucciones diocesanas— ha dejado difícil rastro para la posteridad. Es por ello explicable la alegría que me produjo encontrar —en una librería de lance— un pequeño libro del Cardenal, en el que se reúnen unas conferencias pastorales sobre "Jesucristo y los pobres" y "Algunas iniciativas pastorales en favor de la Caridad".

Las conferencias fueron pronunciadas en La Palma del Condado, en abril de 1948; las "instrucciones" se formularon en diversas Pastorales, entre 1944 y 1947. El volumen, de unas trescientas páginas, se encabeza con una "Carta del Arzobispo de Sevilla a la ciudad de La Palma del Condado", y una "Instrucción" anóni-

ma, de "los Editores" (probablemente escrita por Sor Cristina de Arteaga, la futura Priora del Monasterio de Santa Paula). Y el contenido del pequeño volumen es atrayente y sugestivo. Nos retrotrae a unos años de intensa vida espiritual en la Archidiócesis de Sevilla, fervorosamente animada por el Cardenal Segura. Pero, además y por encima de todo, nos asombra la clarividencia de aquel insigne Prelado que sabía anticiparse en muchos lustras a unos peligros que posteriormente iban a ensombrecer la historia de la Iglesia y que han motivado la providencial intervención de un Papa que, por aquellos años, iniciaba sus estudios sacerdotales en la lejana Polonia.

Las "Conferencias Pastorales" de La Palma del Condado, desarrollaron, a lo largo de una semana, el tema de "Jesucristo y los Pobres"; en ellas el Cardenal Segura abordó de un modo sistemático el problema de la llamada "cuestión social" y los intentos de solución: La "anticristiana" y la cristiana. Esta última, naturalmente, era la que iba a presentar en aquellas conferencias pastorales el Cardenal de Sevi-